

“Tengo un río herido
en forma de zanjón
que grita india y me tira a la calle
desprendiendo hijos
en cada vena de su navío
Un cordón umbilical extendido
atravesando montañas
en busca de su caudal”
–Daniela Catrileo.

Los ríos viven. Se mueven, se tuercen, se abren y se angostan, se desbordan, se separan y se unen. En el camino del río hay puntos sagrados, donde confluyen o se separan brazos de su cauce. Son aguas que convergen o que se bifurcan, que muestran la unidad de las fuerzas que siempre son complementarias y opuestas. Estos puntos de *encuentros* o *desencuentros* de caminos o ríos, son reconocidos por el mundo andino como un *tinku*, o *tinku mayu*, del quechua.

Desde tiempos ancestrales el encuentro de ríos y caminos ha sido significado como sitios sagrados, por comunidades andinas, quechua y aymara. La junta de dos ríos es vista como *senderos acuáticos*, donde suelen darse baños y depositar diversas ofrendas durante fechas acordes al calendario ceremonial de cada territorio. Asimismo, en estos sitios podrían habitar ancestros tutelares, que cuidan y resguardan los ecosistemas circundantes, lo que los define también como puntos de encuentro entre la vida y la muerte.

La trama urbana de Santiago ha tenido un *tinku* como centro de su actividad durante gran parte de su historia. Antes de que los antiguos territorios del Valle del Mapocho pasaran a nombrarse ciudad de Santiago, el río sufrió una transformación en su marco natural, pues su cauce principal fue el límite norte, así como su Cañada –un brazo que se desprendía del mismo río– fue señalada como su frontera sur. Con la irrupción de la colonización europea marcada por el arribo en 1541 de Valdivia y su hueste, la ciudad cobró una nueva configuración. El río Mapocho fue parte central de dicho proceso, pues ya estaba canalizado y cruzado por una serie de acequias para el regadío del

valle, articulándose con el *Qhapaq Ñam*, que venía avanzando desde el norte. Pero esta nueva ciudad no supo convivir con el río, y el río por su parte, también se resistió a la civilización. Continuos desbordes a diversos proyectos de encajonamiento, rebelándose una y otra vez, a la domesticación de la fuerza ingobernable del río. Casi doscientos años después, en 1783, se construyeron los muros de piedra que lograron contenerlo, bloqueándose aquel brazo que se movía hacia el sur. Luego, con la reciente nación chilena, se borrará su huella fluvial para transformarlo en el paseo de la Alameda de las Delicias, que hoy conocemos solamente como la Alameda. El río fue canalizado y paulatinamente sometido a las líneas rectas, la geometría de la epistemología colonial.

Tinku también es el nombre de una danza popular andina y urbana, que rinde homenaje a las batallas rituales ejercidas por comunidades andinas de Perú y Bolivia en épocas de lluvias, donde se incurre al encuentro cuerpo a cuerpo o, a la ofensiva entre comunidades utilizando huaracas o boleadoras, en algunas zonas este encuentro resuelve conflictos y disputas pendientes, mientras en otras, la experiencia constituye un rito necesario para la armonía colectiva. En ambos casos, la sangre derramada se entrega como ofrenda a la madre tierra, propiciando abundancia y prosperidad para el ciclo entrante.

En estos contextos, los *tinku* son acciones catalizadoras de conflictos sociales, entonces, podríamos afirmar que los sitios llamados *tinkus* geográficos: puntos de encuentro o desencuentro, son lugares liminales, donde existe una energía disponible, que se acumula y estalla cíclicamente a lo largo del tiempo.

A pesar de los años, este punto de separación ha sido un lugar de encuentro y conmemoración en la historia reciente de la ciudad, donde permanentemente se crea y recrea nuestra ritualidad colectiva. Este sitio fue renombrado como Plaza Dignidad, en medio de la revuelta popular del 18 de octubre. Sitio de resistencia política, que tomando la idea del *tinku*, sostiene la energía del enfrentamiento, energía de provocación, catalizadora de conflictos. Entre el 2019 y 2020 dos jóvenes son lanzados al río por la policía, en momentos distintos. Las memorias colectivas señalan también que numerosos cuerpos de detenidos desaparecidos fueron arrojados al río Mapocho en el mismo puente, durante la dictadura cívico-militar.

Cuerpos y memorias, que resisten y actualizan conflictos y encuentros en este *tinku* del río, este cuerpo de agua herido en este mismo lugar, reflejando la historicidad densa y espiralada del Valle Sagrado del Mapocho.